



Jardines y recetas

Miguel Alberto Suárez

El jardín de la finca de Tupungato era el territorio reservado para los almuerzos, limpio del cielo y cercanos los Andes, los ánimos de todos, dispuestos para celebrar. Y sí, cada almuerzo era en verdad una celebración, una fiesta, domingos sin fin siempre guardados en la memoria, en un espacio temporal infinito que empezaba con el temprano aperitivo y concluía con la inagotable sobremesa, y ésta a su vez con la inoportuna caída del sol. Y era celebración no sólo por el ánimo de quienes

acudían a almorzar, sino también por los manjares allí ofrecidos, la Flaca Quiroga conseguía siempre sorprender, cada día era algo nuevo lo que te tocaba probar, y la novedad iba siempre acompañada de la excelencia.

Los elementos fijos de esos almuerzos para el recuerdo empezaban por el jardín, que llamaríamos milenario si no fuera porque sólo tenía cien años, un jardín que lindaba con las viñas y éstas con los Andes majestuosos, la cordillera era quien se encargaba de vigilar la comida con su altura inalcanzable. El jardín era lo que los cronistas definen como el marco incomparable, un jardín frondoso, poblado de álamos, coloreado con buganvillas, rematado en verano por hileras ordenadas de alegrías del hogar, petunias que tomaban el sol sin crema protectora, jazmines con olor de otro mundo, membrillos sin queso, rosas, adelfas, margaritas. La mesa generosa se extendía bajo una pérgola cubierta por un parral, y a su sombra se acudía cuando el sol empezaba a golpear con fuerza y era hora de sentarse a comer.

Pero al continente inmutable cuyo decorado sólo cambiaba con las estaciones, lo acompañaba también un contenido estable, la Flaca Quiroga, una andaluza de ojos negros y sonrisa brutal y su marido Pancho, anfitriones siempre sublimes de esas fiestas de la vida. Los demás, en un número nunca inferior a diez y que raras veces excedía los veinte, eran amigos y parientes, conocidos y desconocidos astutamente mezclados, para que así la salsa fuera jugosa, alguien de fuera de paso, la tía María y sus dos hijos sin padre, el Gordo Madero y su voracidad legendaria. Y puestos a variar o a describir las variables, el menú de la Flaca Quiroga era siempre algo distinto, era como hemos dicho, otro motivo de celebración. Y así era porque, lejos de limitarse al tradicional asado argentino, cuyas bondades ya bastarían para que utilizáramos la palabra celebración, la Flaca se despachaba un día con un cordero con salsa de pasas, con unas setas sublimes, con un estofado cuya sola evocación me provoca un apetito sin medida. La liebre a la miel generaba adjetivos que los comensales no habían empleado hasta ese día, las truchas con guarnición provocaban miradas que alguno podría malinterpretar. Y un elemento que nunca faltaba era el rico vino mendocino, allí estaba siempre en la mesa listo para deleitar, lo traían los invitados y era motivo de comentario, pues era del terruño de uno de ellos, o el nuevo vino de la bodega donde otro trabajaba. Y en los postres también la variedad era sinónimo de exquisitez, tartas de todos los gustos, helados de una crema inmensa, fruta sublime, qué decir de esos duraznos tiernos, de esas peras hermosas de Tunuyán, de esas cerezas imposibles de Rodeo de En medio.

Y así, con esa fórmula sin tacha, el ya citado marco incomparable, los invitados dispuestos y variados, los anfitriones de lujo y la comida para recordar, los almuerzos de la finca de Tupungato se sucedieron, y con ellos el tiempo, y con éste los años. Y de su importancia habla que el paso del tiempo no lo marcaba el calendario sino los almuerzos; ¿te acuerdas ese día que vinieron los americanos?, decía uno, eso debió ser después de la borrachera llorona del Negro García Williams, contestaba la Flaca, pudo acontecer en cualquier año, lo único seguro era que fue antes o después de tal o cual celebración, siendo ellas los hitos y no los cumpleaños y no los previsibles cambios de estación. Y era tan rico lo que allí se comía, tan buena la compañía, tan felices quienes acudían los domingos, que el Gordo Madero llegó a proclamar un día de forma solemne y con lágrimas en los ojos:

Los almuerzos de la Flaca son la vida, es allí donde ésta tiene para mí un sentido, lo que justifica el resto de la semana, lo que le da a mi existencia su razón de ser.

Esta declaración de amor bajo los efectos de la comida y el malbec en un día luminoso, sirvió para que el Gordo Madero pasara de ser variable a fijo en los almuerzos, y también para reflejar lo que era un sentir general. Y es que la comida compartida tiene siempre ese efecto benéfico insustituible, junto a una buena mesa se resume lo de bueno que tiene la vida y allí se exalta, hay tanto de lo que disfrutar, tantas son las cosas buenas que nos aportan, que constituyen la parte central de la existencia de muchos, aquello que le otorga sustancia y alegría. Y no sólo es el sabor o su recuerdo, es también el ambiente que ella convoca, la disposición de ánimo en que nos sume. A ello ayudaban en la finca las buenas artes de la Flaca y también ese festival que son las materias primas mendocinas, un Mediterráneo escondido en los Andes, los españoles y los italianos llegados por otro mar para traernos el suyo. Allí las frutas son delicia, pero qué decir de las verduras, también ellas son manjar, hablar de carne sería comenzar a desgranar las virtudes de un asado, los chinchulines crujientes, las mollejas que parecen crema pastelera, ese matambre macerado en limón que está pidiendo a gritos que alguien se lo coma, la palomita que no quiere volar, la entraña que nos llega al corazón.

Con esos mimbres, los almuerzos de Tupungato se repitieron en el tiempo y en la memoria de los asistentes. Pero hubo un día en el que la Flaca

Quiroga rizó el rizo, y con ello quebró sin quererlo una regla sagrada no escrita, y condenó a los almuerzos a su fin. La primavera había irrumpido en Mendoza con la fuerza del granizo, pero esta vez sin hielo y sí con flores, con flores y con olores, con verde de fiesta y colores de domingo, con ese despliegue para los sentidos que tiene la primavera, que en Mendoza recuerda a la Andalucía natal de La Flaca, muchos fueron sus paisanos que emigraron a estas tierras hace ya muchos años. La Flaca había agotado ya todas las recetas posibles, y la explosión de vida que era el jardín de la finca generó la idea que luego sería perdición. Porque ante tanta belleza, la Flaca decidió que ese jardín merecía un homenaje, los almuerzos de los domingos no habrían sido lo mismo sin ese jardín, sin esos testigos mudos pero imponentes que eran sus plantas, bien es verdad que a veces hablaban con sus aromas, con sus olores que se combinaban con lo que allí se comía, no eran sólo el marco incomparable, eran ya parte misma de la fiesta y como tal debían participar en ella, tener el lugar que se merecían.

Encontrado el argumento, la anfitriona se dispuso a rendirle homenaje en cada almuerzo a algún elemento del jardín. Así, un día le dedicaba un ajoblanco a las blancas petunias, y mientras todos lo degustaban, el Gordo Madero observaba con gracia que las petunias contestaban moviéndose, como si hubiera brisa en un día sin viento, y lo atribuía a su imaginación, o de nuevo a la emoción provocada por ese sabor y ese momento. Otro domingo fue la buganvilla la que recibió el tributo, con una sopa de remolacha que evocaba la misma tonalidad de sus flores, roja profunda y espesa, deliciosa, llevando en sus entrañas el aceite de oliva que producían los Argerich en San Martín. También ese día el Gordo Madero advirtió cómo las flores aplaudían moviéndose y los invitados asintieron, aunque todos pensaron que ese bailecito era fruto del malbec y no un movimiento propio. Las verdes hojas del sauce disfrutaron también de su llorón homenaje, en una crema de verduras con cebolla, y hasta el género animal tuvo su premio, pues los petirrojos que acompañaban la tertulia fueron agasajados con una sopa de zanahoria, y ese día se juntaron una veintena dando saltitos alrededor de la mesa, brincando tartamudos por los alrededores, con aire de fiesta y espíritu de diversión.

Quizás la Flaca debiera haber prestado atención a este último mensaje, la naturaleza tal vez quería decirle que estaba yendo demasiado lejos, los demás pensaron que los Quiroga habían traído a los pajaritos para hacer juego con la sopa, pero ellos (los Quiroga) debieran haberse dado cuenta de

que algo raro sucedía, pues ellos no habían traído a pájaro alguno, alguien o más bien algo parecía haberlos convocado para una celebración; ¿no se trataba de un homenaje? Porque como si la Flaca hubiera con su idea abierto una puerta que ya no era posible cerrar, la interacción entre jardín y comida ya no tendría fin, ahora tenía vida propia, y no iba a ser sólo la cocinera quien tuviera la sartén por el mango, como si de pronto todos quisieran sumarse a la fiesta aun no habiendo sido convocados, como si, enterada toda la naturaleza en pleno, sus distintos elementos quisieran reclamar su derecho a participar. Pero ella, La Flaca, no contenta con el revuelo de los petirrojos, continuó con sus recetas de jardín, y llegó el otoño y con él un pollo al curry que intentaba rendir homenaje al amarillo imposible de las hojas del plátano, y entonces, de forma gradual pero sostenida, como quiera que el color del curry no llegaba ni de lejos a ese amarillo de las hojas, en el transcurso del almuerzo la salsa cambió su variedad cromática, como si eso fuera una paella y pudiera uno darle vida al arroz añadiendo azafrán.

El Gordo Madero calló esta vez, como tampoco dijo nada el día que la Flaca pretendió recordar a las rosas rojas del rosedal, esta vez colocando pétalos como llovidos sobre el blanco mantel, marcando el camino entre platos copas y cubiertos. A las rosas no debió parecerles suficiente, y la carne de cerdo adquirió de pronto un color rojo profundo, como si eso fuera el San Martín del refrán y estuviera el animal sangrado otra vez. La Flaca pensó que algo raro había ocurrido en el proceso de cocinado, revisó su receta, retiró los platos, sacó del horno unas patatas a la importancia que tenía para cena mientras preparaba otra carne. Ya servidas, saludando con su color a los pétalos, las patatas mudaron su color habitual por el de la flor. En esa ocasión ya todos notaron que algo raro pasaba, ya las sonrisas eran forzadas aunque nadie dejó de comerse las patatas, espléndidas eso sí de sabor, pero enrojecidas y no de furia. Pero la alegría desapareció para siempre el día que un rayo fulminó a un álamo, y las costillas demostraron su solidaridad quemándose ellas una vez servidas en el plato, incluso las del Gordo Madero que las pedía siempre poco hechas, ahí todos tuvieron que dejar de comer, cambiar de tema, beber más vino, terminar rápidamente y marcharse a casa con la sensación o ya más bien la certeza de que en esa casa estaban sucediendo cosas raras.

Como los Quiroga eran poco amigos de lo paranormal trataron de quitarle importancia, y la Flaca decidió olvidarse del jardín, sin saber que era ahora el jardín el que no se olvidaba de ellos, y un día las setas tomaban el

color de los jazmines, otro el membrillo hacía su aparición dando sabor al café. Ese proceso ya no era sólo de alegría, de celebración, empezaron los celos, parecía en efecto que la naturaleza quería estar presente en los almuerzos y no ya exaltarlos o contribuir al general disfrute sino reventarlos si hiciera falta, y todo porque una flor consideraba haber sido preterida, o porque la propia lluvia se enfadaba por no recibir homenaje alguno y decidía irrumpir en el almuerzo en un día en el que el cielo estaba perfectamente despejado. Y claro ya se sabe, en la cocina cada maestrillo tiene su librillo, pero si a la cocinera le empiezan a intervenir las recetas con cambios de sabores no deseados, si hasta el membrillo se permite sin que nadie pregunte darle sabor a un café colombiano que un invitado había traído como obsequio el domingo anterior, entonces es que el asunto empieza a irse claramente de las manos.

La Flaca Quiroga supo ese día del membrillo que las jornadas felices de los almuerzos habían llegado a su fin, lo habló con su marido y decidieron dejar de convocar los almuerzos, sin que nadie protestara, algo que hace sólo un año hubiera supuesto para muchos un motivo de amotinamiento. El Gordo Madero debió intuirlo antes, porque ya llevaba tiempo poniendo excusas para no ir, y vagaba durante la semana como un alma en pena. Pero hubo un último intento de salvación, aprovechando un día de invierno sin sol, la única estación en la que se suspendían los almuerzos. La Flaca pensó en trasladar la celebración al comedor y así romper con el mal fario, y convocó a los amigos de siempre. El almuerzo empezó con alegría, como si la lejanía del jardín hubiera tranquilizado los ánimos. El menú era esa vez asado criollo sin más historias, y el vino rico y abundante hizo que las conversaciones brotaran con fluidez. Pero cuando se acercaban los postres, como si las plantas hubieran querido vengarse por su exclusión, la tarta de queso empezó a ponerse verde como los abetos que en invierno no pierden el color, porque tampoco pierden las hojas. Uno de los invitados, un recién llegado acompañante de uno de los habituales, se quedó de pronto mirando el cuadro que presidía el comedor, un paisaje de la cordillera vista desde la finca. Fijaos, dijo al fin, señalando el cuadro con el dedo, la tarta tiene el mismo color que los abetos, y los demás, demudados, volvieron la vista allí, mientras reían los plátanos, comentaban la jugada las buganvillas tristes, aplaudían contentos por el viento los tilos sin flor.

La desolación se apoderó de la casa de los Quiroga, que no sólo dejaron de invitar a nadie, tampoco acudían ellos a asado alguno, como si

una maldición bíblica hubiera caído sobre ellos. Tuvieron que pasar varios meses, en los que su tristeza y asilamiento sólo eran compartidas por el Gordo Madero, para que éste, que andaba otra vez como alma en pena de asado en asado intentando recuperar la magia de los domingos, diera con la solución. Fue precisamente un domingo, cuando se presentó en casa de los Quiroga a última hora de la tarde. Era otoño, ese otoño que la canción popular nos dice que no es lo mismo en Mendoza, las hojas de los árboles con sus ocre imposibles, el frío que aún no ha llegado. La Flaca leía en el jardín aprovechando la bonanza del clima y salió a abrir pensando que era su marido que llegaba de ver un campo en San Luis. ¡Tengo la solución, creo que tengo la solución!, le gritó el Gordo al verla, sin decir ni siquiera buenas tardes, cómo estás Flaca, vengo a contarte algo que se me ha ocurrido.

Ya sentados en el jardín, con una copa de un malbec que él mismo había llevado como si en verdad acudiera a un asado, y con la presencia del marido de la Flaca, llegado de su viaje también con ganas de tomarse un vinito, el Gordo, más calmado, les contó su teoría. No hay maldición que valga ni fenómenos paranormales, les dijo a sus huéspedes con la convicción de quien ha encontrado una fórmula secreta. Lo que ocurre es que hemos enfadado a la naturaleza, tus homenajes a distintos elementos de ella han despertado los celos de unos y de otros, debemos volver al punto de partida. Y el punto de partida significa volver a los asados de siempre, en el jardín, sin escondernos, sin provocar a nadie, sin homenajes, tus recetas de siempre, vuestro saber recibir legendario, y los Andes como fondo de la postal. Nada más. No pensemos en ello y verás como la naturaleza nos respeta, se suma a la fiesta. Los Quiroga mostraron su escepticismo, pero el entusiasmo del Gordo, su vitalidad, eran tan legendarias como el saber recibir de sus anfitriones. Todo el mundo hablaba del día en el que superó a Mariano Bustos comiendo empanadas, en una competición improvisada en la que el único premio era el hartazgo. No me voy de aquí sin vuestro compromiso para reanudar los almuerzos del domingo, quedan siete días, yo me encargo de traer a la gente, es importante que venga todo el mundo de buena onda, que nadie hable de colores raros ni de episodios pasados.

Ante la amenaza de tener que escuchar sus argumentos durante horas, la Flaca accedió, sin mucha convicción, y con la condición que de ocurrir algo raro no habría más. Y por fin llegó el domingo, el otoño decidió acompañar ese intento de recuperar la dicha mostrando su lado más amable, sus mejores galas, sus colores más dulces. El almuerzo que preparó la Flaca

parecía el destinado a cerrar con grandeza la serie, rebuscó las recetas más antiguas, acudió al mercado varias veces, encontró la materia prima exacta que cada plato exigía. Los invitados llegaron con el ánimo dispuesto, nadie mentó el pasado salvo el más remoto de los almuerzos con risas, las borracheras más divertidas, las salidas de tono más ácidas, los guisos más sabrosos. Sentados frente a los Andes comieron primero segundo y postre, y los petirrojos, como si el Gordo los hubiera convocado a un congreso en otra provincia no hicieron acto de presencia, los álamos no se manifestaron de otra forma que exhibiendo su grandeza, las hojas de los árboles se comportaron como la estación imponente, cayéndose algunas, cambiando de color pero sólo de forma imperceptible. Y es que la naturaleza es sabia, dijo muchos años después el Gordo Madero, a uno de sus nietos, y al igual que nosotros prefería los almuerzos a su falta, y dejaron de lado sus disputas, su voluntad de llamar la atención, para disfrutar del espectáculo como tantos años, todos sentados alrededor de una mesa, disfrutando de los mejores manjares, compartiendo la vida.

Y a los postres, el Gordo Madero, que debido a la ansiedad había bebido algo más de la cuenta, se levantó para proponer un brindis, pero no habló de la Flaca ni de la naturaleza ni de lo ingerido ese día, simplemente repitió como un conjuro y lágrimas en los ojos sus palabras de otro almuerzo.

Los almuerzos de la Flaca son la vida, es allí donde ésta tiene para mí un sentido, lo que justifica el resto de la semana, lo que le da a mi existencia su razón de ser.

Al terminar, mirando él al infinito, le pareció ver a un pájaro que nunca había visto y que estaba posado sobre un roble viejo, riéndose sin dientes de sus palabras sentidas. Pero sólo él lo vio, y nada pudo decir al respecto, porque al girarse se tropezó en la silla y cayó al suelo para regocijo de la concurrencia, alegría, alegría gritaban algunos, mientras, la Flaca traía más madera de la cocina, los invitados ocupaban de nuevo sus asientos incluido el Gordo, y los almuerzos del jardín con recetas quedaban de nuevo reinstaurados, dispuestos todos a compartir esa delicia por muchos domingos, por tantos años.
